

La catedral y el bazar¹

Modelos de participación en el mundo informático y en la misión eclesial²

Massimo Nardello³

El Concilio Vaticano II representó un evento eclesial de extraordinaria importancia para la Iglesia Católica, aún si diversos aspectos de su enseñanza aún no han influido en forma adecuada en la vivencia eclesial. Uno de los elementos más importantes de la doctrina conciliar es la igualdad fundamental de todos los miembros del pueblo de Dios, sean estos ministros ordenados, religiosos o laicos; cada uno está llamado a participar en la única misión eclesial, aún si con modalidades diversas⁴. Para el Concilio, en el caso de la figura laical, dichas modalidades consisten principalmente en la animación cristiana de la realidad temporal. Sin embargo, a partir de los años '70 con el nacimiento de la teología de los ministerios, esta enseñanza conciliar sobre los laicos fue retomada como fundamento para que adquieran mayor responsabilidad dentro de la vida de la Iglesia: ellos son miembros del pueblo de Dios, y compartir la única misión eclesial implica también la participación en los procesos de toma de decisiones de las comunidades cristianas⁵.

Es bastante evidente que esta co-responsabilidad del mundo laical en las decisiones eclesiales no representa una instancia que se tome siempre en serio. Por otro lado, lo mismo se podría decir en relación a la participación del mundo religioso femenino, y en ocasiones también de los mismos presbíteros en las decisiones de las iglesias locales. Quizás una de las causas de naturaleza pastoral que han impedido una plena actuación de la perspectiva participativa es que es fue divulgada fundamentalmente por medio de conferencias y publicaciones, sin la consecuente elaboración de procesos formativos más articulados que evidentemente no se pueden reducir solamente a una comunicación de ideas⁶. Hubiera

-
- 1 NARDELLO, Massimo, *La cattedrale e il bazar. Modelli di partecipazione nel mondo informatico e nella missione ecclesiale* en «Tredimensioni» 9 (2012) 2, 177-189. Traducción: Fátima Godiño (Montevideo, 2013).
- 2 **Nota del Equipo de Redacción:** «Cuando instrumentos importantes (psicológicos, y en este caso informáticos) hacen referencia a la elaboración de la visión de la vida, no se consulta al técnico (o al psicólogo) sino al teólogo «biligüte», es decir al teólogo que, conociendo el instrumento desde adentro, sabe interpretarlo teológicamente, evidenciando en ello las repercusiones para la visión cristiana de la realidad. Dado que el mundo moderno de la informática se inspira en modelos organizativos muy interesantes, hemos solicitado a un teólogo experto de eclesiología una lectura sobre la cuestión».
- 3 Docente de Teología Sistemática en el *Studio Teologico Interdiocesano* de Reggio Emilia y en la Facultad Teológica de Emilia Romagna en Boloña. Miembro del Consejo de Presidencia de la Asociación Teológica Italiana.
- 4 Cfr. LG 9-17, 32.
- 5 Cfr. CANOBBIO, G., *Laici o cristiani? Elementi storico-sistematici per una descrizione del cristiano laico*, Morcelliana, Brescia 1997, pp 248-275.
- 6 Cfr. NARDELLO, M., *L'arcidiocesi di Modena-Nomantola*, en TAGLIAFERRO, M., (ed.), *Il Vaticano II in Emilia Romagna. Apporti e ricezioni*, EDB, Bologna 2007, pp 299-300.

sido necesario en particular, estudiar y mejorar las dinámicas internas de las organizaciones eclesiales, porque también de éstas depende la efectiva posibilidad de que todos los miembros del pueblo de Dios puedan dar su aporte orientando las decisiones de las comunidades cristianas a las que pertenecen.

El objetivo de este artículo es el de contribuir con dicha reflexión a partir de las dinámicas de participación y de las tipologías de liderazgo características de un contexto muy lejano de aquel eclesial: el mundo de la producción del software, que va desde empresas multinacionales como Microsoft y Apple, a pequeños grupos de programadores. Desde hace ya veinte años en este mundo se desarrollaron nuevos modelos de organización que pusieron en discusión las modalidades tradicionales de desarrollo de los programas informáticos; son modelos interesantes tanto por su concepción de liderazgo como por las dinámicas participativas que se promueven dentro de ellos. Quisiera presentar brevemente sus características fundamentales, para después evaluarlas a la luz de algunos principios de naturaleza eclesiológica y buscar así recabar algunas indicaciones útiles para estimular la reflexión pastoral. Proponiendo una comparación mediante un modo probablemente poco conocido para el lector, ofreceré también algunas aclaraciones necesarias de carácter técnico.

Catedral y bazar

Al final de los años '90 Eric S. Raymond escribió un breve texto, que se volvió famoso, titulado «*La catedral y el bazaar*»⁷, en el que presentó la diferencia entre dos modelos de desarrollo del software.

- El primero de ellos («la catedral»), comparado al modo en el cual en el Medioevo eran construidas las catedrales, es el modelo tradicional: considera que un programa para computación tiene que ser hecho necesariamente por un grupo restringido de personas muy especializadas que trabajan en un «espléndido aislamiento», es decir sin alguna interacción con otros individuos, ni con los usuarios finales del programa. La razón es que si aumentan las personas que pueden expresar su parecer sobre cómo el software debería ser hecho o que pueden contribuir libremente a su desarrollo, las dinámicas relacionales y los procesos de toma de decisiones se vuelven más complejos al punto de no ser más gobernables. Al final no se entiende más nada y el proyecto termina por naufragar.

Es fácil comprender como este modelo organizativo exija y favorezca un liderazgo muy fuerte y directivo que podríamos definir *top-down*. Las decisiones sobre qué funciones debe tener el software se toman del líder de la organización, que después brinda disposiciones, en forma directa o indirecta, a los varios niveles de programadores para que cada uno de ellos desarrolle una pequeña porción del programa. Sin embargo, ninguno de ellos tiene la posibilidad de incidir en lo más mínimo en el diseño general o sobre cada una de las funciones. En el plano de la colaboración, este modelo no favorece el intercambio de informaciones o de opiniones, del cual - en el fondo - no tiene necesidad porque cada uno debe simplemente obedecer a las órdenes del jefe.

- El segundo modelo organizativo («el bazar») considera que un software debería ser creado implicando lo más posible a todas las personas interesadas y disponibles, sea

⁷ Cfr. RAYMOND, E.S., *La cattedrale e il bazaar*, 1998, en <http://www.apogeonline.com/openpress/cathedral>. La palabra bazar se escribe en italiano [NdT: y en español] con una sola «a», pero la traducción del texto de Raymond tiene dos «a».

programador o usuario. ¿Cómo? Por ejemplo, favoreciendo un libre intercambio de opiniones sobre las funciones del software, consintiendo señalar sus funcionamientos defectuosos, e incluso permitiendo a cada uno colaborar en su elaboración. Según Raymond, el carácter atractivo y casi caótico de este enfoque lo hace semejante a un bazar.

Evidentemente, este modelo requiere y favorece un tipo de liderazgo diverso del anterior. Lo podríamos definir *bottom-up*: el jefe es aquel que promueve y hace surgir (lleva desde abajo a lo alto) el aporte de todos los participantes en la producción del software, sabe motivarlos y facilitar su interacción, y sabe también imponerse para evitar dinámicas destructivas o estériles⁸. Este modelo de desarrollo se basa en la participación, que constituye su dimensión esencial; el líder es simplemente funcional al funcionamiento constructivo de la organización.

Ahora bien, estos dos modelos son alternativos no solamente por la distinta forma de entender el liderazgo y la participación, sino también porque dan un significado diverso a lo que es producido por la organización. Buscamos profundizar estos aspectos analizando dos realidades que encarnan muy bien cada uno de los dos estilos indicados.

La catedral: la Apple de Steve Jobs

La Apple es un ejemplo de una empresa que se inspira fundamentalmente en un modelo de liderazgo *top-down*. Las decisiones importantes son tomadas por el jefe en forma esencialmente autónoma, después de una confrontación más o menos abierta con un círculo estrecho de colaboradores⁹. El proceso de elaboración de los productos no se desarrolla en diálogo con la comunidad de los usuarios (o con otras personas interesadas), sino en la más absoluta reserva. Quien usa el producto Apple utiliza algo que sólo el jefe de la empresa, con otras pocas personas, pensó y realizó, buscando intuir las necesidades de los usuarios¹⁰. Por lo tanto, la participación es casi inexistente¹¹, y el liderazgo es fuertemente directivo. La Apple ha construido su suceso sobre este modelo organizativo que fue querido y encarnado por Steve Jobs. El ex-dirigente Apple Jean-Luis Gassé apoyó el estilo "dirigencial" de Steve Jobs con una frase memorable: «Las democracias no hacen grandes productos; ustedes tienen necesidad de un tirano competente». Las personas que trabajaron con Steve Jobs lo perdonaban, o al menos toleraban su estilo, en parte porque más que cualquier otra cosa, él era un *product tyrant*, totalmente dedicado a dar vida a productos que él había imaginado¹².

Es muy interesante profundizar en la imagen que Jobs dio de sí confrontándola con su realidad efectiva, ya que pone en evidencia las características de un liderazgo vivido dentro de un modelo organizativo «como catedral».

Definitivamente Jobs fue un visionario, uno que supo captar con su genialidad y una intuición sin precedentes las necesidades de las personas, e inventar instrumentos

8 Sobre el rol del líder en este tipo de organizaciones es sugerente el texto de FOGEL, K., *Producing Open Source Software. How to Run a Successful Free Software Project*. O'Reilly Media. Sebastopol (CA) 2010, capp 6 y 8. El texto en varios idiomas está disponible en <http://producingoss.com>

9 Cfr. ELLIOT, J. *The Steve Jobs Way: iLeadership for a New Generation*, Vanguard Press, New York 2011, pp 4 y 40.

10 Cfr. Ibid op., pp 20 ss.

11 Aún si Jobs hubiera deseado lo contrario; cfr. Ibid op., pp 42ss.

12 Ibid op., p.44.

tecnológicos capaces de simplificar sus actividades y su misma vida. En efecto, está fuera de discusión que él haya tenido la capacidad de producir dispositivos lindos o simples, utilizables por todos sin la necesidad de tener competencias técnicas específicas. En definitiva, en el plano de la que se llama *user experience*, Jobs expresó un talento extraordinario. En cambio, se pueden prever fuertes objeciones al hecho que él haya sido el genial inventor que, según lo que se escribió, creó de la nada la informática como hoy la conocemos. Bastan algunos ejemplos, que se pueden verificar fácilmente en la red, para demostrar estas afirmaciones.

Lo que vemos de la computadora como la conocemos hoy (ventanas, íconos, mouse...) fue inventado por algunos geniales, pero no famosos, ingenieros de la Xerox en 1973, algún año antes de que Jobs lo usara en su primer Mac en 1984. El primer dispositivo portátil para escuchar música fue producido por Sony en 1979. El primer algoritmo de comprensión digital de audio que permitía la re-producción en dispositivos electrónicos (teniendo como base el algoritmo mp3) fue patentado en Alemania en 1989, mientras el primer iPod es del 2001. El primer smartphone con monitor touchscreen fue presentado por la IBM en 1992, el primer display multitouch fue comercializado por una empresa francesa en el 2005, mientras Apple lo usó para su iPhone sólo en el 2007. La tablet PC fue propuesta por Microsoft en el 2000, aún sin tener el multitouch, mientras el primer iPad es del 2010. También la tecnología que está detrás de los sistemas operativos de Apple tomó soluciones pre-existentes: detrás de los grandes felinos (Tiger, Lyon, etc.) que indican los nombres dados por las varias versiones de MacOS encontramos un núcleo de funciones de base desarrollado por la Carnegie Mellon University, que a su vez era una evolución del más antiguo de los sistemas operativos, Unix. En forma análoga, el lenguaje de referencia para el desarrollo de App en la plataforma iPhone/iPad es el mismo Objective C desarrollado por Brad J. Cox en los años '80.

En síntesis, Jobs no inventó nada original sino que simplemente supo identificar invenciones ya existentes y mejorarlas para hacerlas más fácilmente utilizables. Ha sido un gran innovador pero partiendo de las ideas de otros. Dicho con otras palabras, un excelente divulgador y vendedor.

Habría que preguntarse entonces, cómo llegó a ser considerado un *gurú* absoluto de la tecnología. La razón podría ser la siguiente: en un modelo organizativo «catedral», el líder debe tener la mayor cantidad posible de rasgos carismáticos, casi religiosos, para poder ejercer un fuerte control en toda la organización, y quizás también sobre los usuarios últimos del producto. Al no existir participación e intercambio, el funcionamiento de los procesos de la organización está confiado casi totalmente a la capacidad que tiene el jefe de obtener confianza absoluta en sus ideas y en su misma persona, es decir de inspirar seguridad y garantizar el éxito. Cuando el culto del líder se concreta, el modelo «catedral» termina por generar organizaciones pseudo-religiosas que ven en su jefe a su profeta o incluso su mesías, alabado como aquel que cambia la vida de las personas con sus invenciones.

Se percibe que estas dinámicas existen en la realidad moderna por el hecho que no es posible explicar de otra forma cómo, no obstante la crisis económica, tantas personas adquieren dispositivos electrónicos (*gadget*) muy costosos de Apple - y de otras diversas empresas - aún si a menudo no los saben usar plenamente o no los necesitan realmente por su utilidad práctica. En realidad, lo que les sirve a estas personas es el sentido de seguridad, de «salvación», que deriva del ser poseedores del objeto en cuestión y de entrar en la comunidad de sus usuarios. Se explica así el hecho que existan filas interminables delante del *store* (empresa) de Apple - y también de otras empresas - en ocasión de la presentación en el mercado del nuevo dispositivo, y por cuál razón el deseo de tenerlo antes que los otros

pueda llevar a personas normales a pelear en forma tan poco civilizada. Todo esto no tiene nada que ver con las exigencias de su uso práctico, sino que expresa la profunda convicción que a aquel objeto se podrá «confiar» la propia vida y así, sentirse tan seguro y sereno. Sólo esta necesidad religiosa de salvación puede alimentar el deseo de algo hasta el punto de no poder esperar unos días para tenerlo, o de luchar para que no se lo saquen.

En suma, para poder funcionar bien, una organización basada en el modelo «catedral» tiene necesidad de un liderazgo muy fuerte e indiscutible, que tenga la mayor cantidad de rasgos pseudo-religiosos. Sin embargo, esto implica que también los productos de esta organización, es decir de su líder, terminen por ser presentados como algo que ofrece una forma de salvación.

El bazar: el mundo del software libre

El movimiento del software libre fue fundado en 1984 por Richard Stallman¹³, un informático que trabajaba en el MIT de Boston. A partir del final de los años '70, las compañías que vendían programas para computación no distribuían a los usuarios el código fuente- es decir las instrucciones con las que fueron escritos - sino solamente los archivos ejecutables (NdT. archivos de información) necesarios para utilizarlos. De esta forma, no era posible estudiar su funcionamiento interno, ni tampoco mejorarlos. En este contexto, Stallmann maduró la convicción que el software es un bien tan precioso para la sociedad, que el código de referencia debe poder ser libremente estudiado, modificado y re-distribuido por cualquier persona en nombre de la necesidad ética de compartir el saber. Por esto Stallmann dejó su trabajo en la MIT y comenzó a escribir su sistema operativo (análogo a Windows o a OS X) complemente libre, es decir lanzado al mercado junto al código de referencia, con una licencia de uso que garantice a los usuarios el permiso de estudiarlo y modificarlo a conveniencia. Dicho sistema operativo se denomina GNU.

Al mismo tiempo, en 1991, un estudiante finlandés, Linus Torvald, decidió escribir un sistema operativo libre¹⁴. Todo empezó como un juego, pero rápidamente logró integrar diversos programadores a su iniciativa, ya que decidió lanzarlo con el tipo de licencia elaborada por Stallmann. Cada uno tenía a disposición los códigos de referencia del programa y podía estudiarlo, mejorarlo y completarlo. Cuando Torvald terminó de desarrollar la parte central (el así llamado kernel) de su sistema operativo, llamándolo Linux, alguien probó integrarlo con lo que había ya escrito Stallmann, y terminó así por dar vida a un nuevo sistema operativo y que funcionaba bien, el GNU/Linux. Desde aquel momento, su utilización creció en términos exponenciales, sobre todo en el área de las computadoras más grandes, los servidores, en cuyo ámbito domina en la actualidad, y en aquel de los smartphone (Android se basa en Linux). También es usado por millones de usuarios en las computadoras personales y en otros dispositivos como televisores, navegadores satelitales, etc.

Lo que interesa en nuestra investigación es que la teoría de Stallman sobre la necesidad ética del software libre, percibida de una determinada forma por Torvald, dio vida a un nuevo modelo organizativo, el del «bazar», que en el ámbito informático fue

13 Cfr. STALLMANN, R., *Software libero, pensiero libero*, Voll. 1 y 2, Stampa Alternativa, Roma 2003-2004. Los textos están disponibles en <http://www.gnu.org/philosophy/fsfs/fsf-italian1.pdf>

14 Cfr. TORVALDS, L.- DIAMOND, D., *Rivoluzionario per caso. Come ho creato Linux (solo per divertirmi)*, Garzanti Libri, Milano 2001.

utilizado por primera vez en el desarrollo de GNU/Linux. Se puede decir que este sistema operativo nació y se desarrolló gracias al aporte libre de millones de voluntarios (programadores, traductores, probadores, etc.) y a grandes inversiones de compañías de diversas dimensiones que lo usan para sus productos. En síntesis, el modelo «baza» funciona muy bien.

No nos resulta difícil captar el rol de la participación dentro del sistema: ella es la expresión de la filosofía que lo guía, la del compartir. Sin embargo, la pregunta sobre el tipo de liderazgo que este modelo presupone y favorece es muy compleja. En los proyectos de modesta entidad, el líder es simplemente un miembro del grupo de trabajo que tiene la tarea de motivar, favorecer una cooperación constructiva, pero también tomar decisiones en forma autónoma cuando es necesario para no alejarse de los objetivos básicos del proyecto. En suma, estamos muy lejos de las idealizaciones pseudo-religiosas de la figura de Jobs. En el caso de los proyectos más complejos, como el mismo GNU/Linux, las cosas son distintas. Quien milita en el movimiento del software libre generalmente considera a Richard Stallmann y a Linus Torvald como figuras extraordinarias, casi legendarias. Sin embargo, es evidente una diferencia con el caso de Jobs: mientras este último es reverenciado como un gurú por sus ideas excepcionales y por los productos que ha creado, Stallmann y Torvald son admirados por sus valores, es decir por el hecho que han teorizado y puesto en práctica la necesidad de compartir conocimientos para beneficios de todos¹⁵. En otras palabras, aquello que se aprecia de estos dos personajes no son tanto sus capacidades personales sino el hecho que han ayudado a la humanidad entera a vivir aún más la lógica del compartir, aún si en un ámbito muy específico como el del desarrollo del software. Lo que quedará de su obra no serán tanto sus programas sino el movimiento de ideas y de personas que nació alrededor de ellos.

Una hipótesis de trabajo

Confrontando y examinando los dos modelos organizativos podemos formular una hipótesis de trabajo, que obviamente podrá ser verificada en forma más amplia en otros contextos. *Una organización guiada por un liderazgo top-down (típica del modelo «catedral») está menos estimulada a la participación y tiende a identificarse con sus productos en cuanto fruto de las capacidades del líder; este último puede llegar a asumir rasgos pseudo-religiosos como garantía del funcionamiento de las dinámicas organizativas. Al contrario, un liderazgo bottom-up (típica del modelo «baza») tiende a promover mucho más la participación, al punto que la organización tiende a pensarse como un equipo que trabaja junto para una finalidad, y a no identificarse con aquello que produce; el líder tiene un rol de supervisión pero siempre es ejercido al interno del grupo, y es apreciado más por sus valores que por sus productos.*

Si esta hipótesis es correcta, deberíamos concluir que en el ámbito eclesial sería preferible hacer referencia a un modelo organizativo «baza», ya que es más capaz de promover la participación que desea la Iglesia post-conciliar. Sin embargo, esta conclusión tiene que considerar una interrogante: más allá del tema de la participación, ¿el modelo

¹⁵ Más precisamente, la posición de Richard Stallmann - según la cual, el compartir el código patrón es una necesidad ética - no es compartida en los mismos términos por Linus Torvalds. Este último considera que se debe compartir simplemente porque consiente una mejor calidad del producto final. Cfr. TORVALDS. L.- DIAMOND, D., *Rivoluzionario per caso*, cit., pp 149ss.

«bazar» y el liderazgo *bottom-up* son compatibles con la eclesiología católica, en particular con su visión del ministerio ordenado?

La catedral y el bazar: confrontación con la eclesiología

Los dos modelos en consideración llevan a que el teólogo recuerde dos estaciones de la eclesiología que, aún con grandes simplificaciones, generalmente se hacen coincidir con cada uno de los dos milenios¹⁶. Para utilizar los términos de Raymond, a partir del Medioevo – pero en forma germinal ya algunos años antes – se desarrolló en la Iglesia una forma de liderazgo «como catedral». El papa, los obispos y los sacerdotes eran considerados verdaderos mediadores de la relación entre los creyentes y Dios, por medio de la enseñanza de la fe, los sacramentos y la guía pastoral¹⁷, por lo cual los laicos debían dejarse guiar dócilmente por ellos¹⁸. La misma visión fue retomada y acentuada por la teología post-tridentina, que subrayó en clave anti-protestante la necesidad de un fuerte ejercicio de la autoridad por parte del papa, de los obispos y de los presbíteros en vistas a la subsistencia de la Iglesia¹⁹. Obviamente esto no impidió que los laicos cumplieran servicios dentro de sus parroquias (como por ejemplo dar catequesis), pero siempre en una lógica de ayuda a su presbítero y no de co-responsabilidad. Después, cuando al final del 800 los Pontífices quisieron recuperar la relación de la Iglesia con la sociedad, confiaron dicha tarea al mundo laical, pero no le confiaron las responsabilidades efectivas dentro del ámbito eclesial²⁰. En el fondo, como fue mencionado anteriormente, la misma doctrina conciliar del IV capítulo de la *Lumen Gentium* se mueve substancialmente en esta línea.

Es indudable que esta visión del segundo milenio produjo una identificación de la Iglesia con el Papa, formalmente teorizada por algunos pontífices y teólogos medievales, y confirmada por Pio IX²¹, y como consecuencia también con los obispos y con los presbíteros. Así, por gran parte del segundo milenio la misión eclesial fue identificada con las actividades de sus pastores (la enseñanza doctrinal, la acción sacramental y el gobierno pastoral) y no como expresión del camino de fe de todos los creyentes, cada uno según su propia vocación. A esta Iglesia, identificada con sus jefes, después se la consideró perfecta, es decir, ajena al pecado y por ende, no criticable. Es bastante evidente la analogía con una organización *top-down* como Apple: liderazgo directivo, poca participación, identificación de la organización con el producto de la actividad de su jefe.

El Concilio recuperó diversos aspectos de la visión eclesiológica del primer Milenio, por lo cual la Iglesia es el pueblo de Dios y dentro de sí, existe igualdad de dignidad y una misión común, aún con modalidades diversas. Este aspecto está en plena sintonía con la visión participativa del modelo «bazar». La perspectiva conciliar, coloca a los ministros ordenados dentro del pueblo de Dios, y señala su especificidad a partir del ministerio del obispo, el cual

16 Cfr. PIÉ-NINOT, S., *Ecclesiologia. La sacramentalità della comunità cristiana*. Queriniana, Brescia 2008, pp 30-74.
17 Cfr. LAFONT, G., *Immaginare la Chiesa Cattolica. Linee e approfondimenti per un nuovo dire e per un nuovo fare della comunità cristiana*, San Paolo, Cinisello Balsamo 1998, pp 39-65.
18 Cfr. CANOBBIO, G., *Laici o cristiani?*, cit., pp 91-104.
19 Cfr. *Ibid op.*, pp 156-161.
20 Cfr. *Ibid op.*, pp 177-209.
21 Cfr. PIÉ-NINOT, S., *ibid op.*, pp. 33,506.

se concibe como sucesor de los apóstoles²². En esta línea, según algunas teologías post-conciliares, la tarea de todo ministro ordenado sería la de garantizar a una comunidad su raíz apostólica, es decir la fidelidad a aquella experiencia cristiana que los apóstoles han transmitido a sus comunidades²³. Sin embargo, esta tarea se realiza no por encargo de la comunidad sino en nombre de Cristo y con su autoridad, por lo tanto poniéndose al frente de la Iglesia, pero ante todo permaneciendo dentro²⁴. Ahora bien, en su actuación práctica este ministerio no parece configurarse en forma muy diversa a un liderazgo *bottom-up*: ambos deben garantizar que los aportes de todos hagan progresar la organización hacia los objetivos pre-fijados y que su identidad no se pierda.

Obviamente, no faltan diferencias muy significativas: en el caso de una organización cristiana, el líder deberá tutelar su fidelidad a la experiencia de fe de los apóstoles con una autoridad que deriva de Cristo. En el caso de una compañía que produce software, él deberá simplemente mantenerla en línea con la propia *misión*. En ambos casos sin embargo, el liderazgo se expresa como supervisión interna a los procesos que constituyen la organización, y esta última no se identifica con el jefe, pero con una red de relaciones y de colaboración mucho más amplia. Por lo tanto, se podría afirmar que existe una analogía entre los modelos organizativos indicados por Raymond y aquellos vividos por la Iglesia en el arco de su historia, y más aún, que el modelo «bazan» esté en sintonía con diversos aspectos de la eclesiología del Vaticano II.

Sin embargo, es necesario precisar que este modelo «bazan» se coloca en un plano meramente operativo, y justo por esto no entra en conflicto con los temas básicos de la eclesiología católica. Este quiere simplemente indicar las modalidades concretas de la vida de una organización, y no la pretensión de entrar en las cuestiones más teóricas relativas a su identidad. Así los puntos firmes de la teología del ministro ordenado refieren al fundamento cristológico de su autoridad, pero no a la forma concreta en la cual esta tarea puede ser desarrollada. El modelo en cuestión no entra en el problema del fundamento de la autoridad de un líder sino que se limita a indicar las modalidades concretas en vistas a un óptimo desarrollo de sus responsabilidades y tareas. Se puede captar una plena sintonía entre las dos realidades, sin ningún peligro para la fe.

Observaciones conclusivas

Para mostrar la utilidad de la confrontación entre los modelos organizativos indicados por Raymond y la eclesiología, sugiero algunas consideraciones finales de naturaleza pastoral.

En primer lugar, la experiencia de desarrollo de GNU/Linux, y en general de las organizaciones con el modelo «bazan», enseña que existe un caos creativo y fecundo, que no conduce al aniquilamiento sino sobre todo a metas inicialmente impensables. Por ello, en la Iglesia no se debería tener demasiado temor al conflicto y al desorden, si ellos nacen de la riqueza del debate y de la voluntad de muchas personas de contribuir en su camino.

En segundo lugar, para promover la participación eclesial es necesario un liderazgo intenso más como supervisión que como guía *top-down* de las comunidades cristianas. Será

22 Cfr. LG Cap. III.

23 Cfr. DIANICH, S., *Teologia del ministero ordinato. Una interpretazione ecclesiologicala*, San Paolo, Cinisello Balsamo 1993.

24 Cfr. JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, n. 74.

ciertamente necesario mantener firme el fundamento cristológico de su autoridad, pero en el fondo esto no se ve para nada dañado por un estilo humilde, que deja espacio, que sabe retirarse para que otros puedan hablar y actuar, y que se limita a verificar que no se emprendan itinerarios no evangélicos y no eclesiales.

En definitiva, si aún hoy, parte de la opinión pública identifica a la Iglesia con los pastores y su misión con el éxito de sus actividades, quizás significa que nos estamos inspirando en un modelo «catedral», que por su propia naturaleza no favorece la participación y tiende a enfatizar excesivamente el rol de los líderes. Entonces, para valorizar el aporte de todos los creyentes no basta con hacer declaraciones de principio, sino que es necesario orientar las dinámicas organizativas de las comunidades cristianas hacia el modelo «bazar». El primer paso que hay que dar es el de encontrar nuevas modalidades para compartir y para confrontar - en el ámbito eclesial Internet no basta -, para dar vida a aquella creatividad un poco caótica pero fecunda en la cual se valorizan los carismas de todos y se expresa mejor la libre acción del Espíritu Santo.